

Y SIN EMBARGO...

Miguel Díaz

“Cada conquista, cada paso hacia delante en el camino del conocimiento es consecuencia de un acto de valor, de dureza con uno mismo, de sinceridad con uno mismo.”

F. Nietzsche.

Hace 150 años nacía en Freiberg, Schlomo Sigismund Freud, quién 50 años después y ya como Sigmund Freud proponía un nombre para la nueva disciplina por él creada para el estudio, investigación y tratamiento del psiquismo humano, el Psicoanálisis.

Estamos recordando el aniversario de la persona, su nacimiento, aunque en mi caso aprovecharé la ocasión para deslizarme hacia su obra y más concretamente, agradeciendo a iPsi su invitación, hacer algunas reflexiones en torno a la formación en el campo del Psicoanálisis.

Mucho se ha andado desde que en 1896, Freud usara por primera vez la palabra Psicoanálisis haciendo referencia a un nuevo método cuyos pilares se asentaban en el Inconsciente y la Sexualidad del Sujeto.

Viena, finales del siglo XIX, principios del XX, Freud está creando el psicoanálisis. Médico e investigador de formación y profesión, se aventura a una nueva dimensión a la que sólo había tenido acceso la intuición poética. La literatura había podido poner palabras a aquello que la ciencia no sólo no nombraba sino que tampoco consideraba.

Lo humano estaba necesitado de una narrativa que ni el romanticismo ni la ciencia moderna alcanzaban a describir y es Freud quien le da luz al poner nombre a una dimensión de lo psíquico inaprensible al logos. Lo inconsciente venía a dar cuenta de una palabra y una sexualidad en un registro hasta ese momento desconocido.

Fueron la histeria y los sueños los que atrajeron la atención del investigador y fue la atenta escucha de lo relatado por sus pacientes lo que le lleva a establecer una nueva aproximación singular a lo narrado.

El psicoanálisis nace de las inquietudes de un médico vienés insatisfecho de las distintas respuestas que frente al sufrimiento psíquico podía ofrecer a sus pacientes. Freud logra transmitirnos los avatares, idas y venidas, de un investigador clínico que está construyendo una teoría sobre su práctica y al tiempo, está gestando lo que sería una nueva herida al narcisismo humano, el Yo dejaría de ser “dueño en su casa”.

En sus investigaciones reconoció la complejidad constitutiva y el determinismo que habita detrás de la historia de cada sujeto y pudo también, escuchar más allá de lo que los síntomas y malestares mostraban a la observación clínica de la época. Estas características han marcado la llegada

de la nueva disciplina y aún hoy, cien años después, esa impronta debería, aunque no en todos los casos es así, seguir marcando su desarrollo.

El campo de la experiencia clínica fue desde el comienzo de su andadura quien nutrió al psicoanálisis y fue la investigación en dicho campo la referencia que utilizó Freud para construir su aparato teórico. Un investigador que pudo dar oídos a un más allá del terreno imaginario por donde transita la relación médico paciente. Aún hoy, el discurso y la práctica clínica médica nos muestran la imposibilidad de establecer un verdadero diálogo médico paciente. En general, se observa un monólogo avalado científicamente que desde su omnipotencia, no necesita ninguna aportación “extraña” a su verdad.

La propuesta freudiana, como toda formulación pionera, tuvo adhesiones incondicionales y críticas y también, muchos detractores, tanto desde dentro del mismo movimiento psicoanalítico como desde el exterior al mismo. Es indudable que a ello colaboró la revolución generada por su modo de intervención crítica sobre la cultura y la realidad social, al poner en cuestión las teorías donde se sustentaba el saber sobre lo humano, erigidas desde un positivismo ajeno a su complejidad, a la contrariedad que representa reconocer al ser humano como sujeto deseante en donde el saber ya no es correlativo a la verdad.

Es una disciplina que desde su creación está en constante revisión. Revisiones que dejaron su huella singular, algunas como aportaciones puntuales, otras como corrientes configurando ya no sólo una contribución particular sino una nueva forma de entender determinados conceptos e incluso, en muchos casos, una nueva forma de entender el Psicoanálisis; a qué se le llama Psicoanálisis y a que no, de tal forma que se ha de tener que aclarar, cuando ello ocurre, de que tipo de Psicoanálisis se está hablando. Es decir que al término Psicoanálisis se le agrega generalmente un nuevo apellido.

Es indudable que los distintos aportes producidos a largo de más de 100 años de andadura del Psicoanálisis han enriquecido tanto la práctica como su corpus teórico, aunque también y de forma paralela, los conceptos han ido perdiendo especificidad y claridad en su significación. Hoy se hace preciso explicar por ejemplo de qué Inconsciente hablamos, de qué sexualidad, etc., lo que dificulta seriamente la discusión y el intercambio entre pares.

A lo ganado y perdido en este siglo de recorrido desde su creación se suma algo que todavía está postergado, su incorporación al ámbito universitario, de pleno derecho, como una nueva licenciatura y como tal, su despliegue como ciencia específica para el estudio y atención de la subjetividad humana tanto en su vertiente teórica como clínica y en éste caso, como respuesta al sufrimiento psíquico y sus consecuencias, tanto personales, familiares y/o sociales.

Hace ya 80 años y como consecuencia de la acusación de un ex-paciente, Theodor Reik, sobrellevó un juicio por ejercicio ilegal de la medicina, concretamente se le acusaba de “Charlatanismo”. Podemos decir que aún hoy, quién no se halla graduado en una disciplina con reconocimiento académico

universitario oficial, corre el mismo riesgo que Reik si quiere ejercer el Psicoanálisis, aunque su idoneidad venga acreditada por muchos años de experiencia en el ejercicio del mismo o por alguna de las muchas ofertas de formación que actualmente existen.

El psiquismo humano y quien se encarga de su estudio y conocimiento, el Psicoanálisis, tiene aún una asignatura pendiente, el necesario reconocimiento oficial por parte de las instituciones públicas, tanto universitarias como asistenciales, lo que les llevaría a otorgarle el lugar singular que tiene y que éstas se resisten a conceder.

Entiendo que su juventud como disciplina hace de ello un factor determinante en su no incorporación como tal en los ámbitos que más arriba señalé, pero no cabe duda que también operan las distintas resistencias a su avance, tanto fuera como en el propio campo que lo creó y desarrolló, donde cada corriente o escuela hizo y hace suya, al estilo de una “verdad” que se retroalimenta de forma endogámica, su opción epistemológica.

Opción que a veces se encarna en una institución que se erige como guardián del saber y buen hacer de sus miembros y que corre el riesgo de convertirse, y de hecho así ocurre muchas veces en la práctica, en un nuevo polo de poder con la consecuente fragmentación en grupos de disidentes y su habitual correlato de luchas y descalificaciones que se observan en el mundo psicoanalítico de hoy, donde cada uno puede sostener su parecer conceptual y por supuesto no tener necesidad de probarlo ya que sus conclusiones siempre concuerdan con las concepciones planteadas con anterioridad. Pareciera que todos aplicamos y hablamos del mismo método. Pero no es así.

No cuestiono la discusión entre pares, ya que esa característica fue practicada y sostenida por su fundador, haciendo de la autocrítica y la revisión epistemológica permanente el sino de su evolución, sino la apropiación de un saber que se convierte en dogma o en un eclecticismo que puede llevar consigo la pérdida del necesario rigor teórico y técnico, encarnado en un pragmatismo que progresivamente se va desvinculando del pensamiento y la teoría psicoanalítica.

Creo que estamos ante un problema que nunca se resolvió desde que Freud propuso la creación de una nueva disciplina. Si bien la puso en marcha, no consiguió que la misma adquiriera el suficiente reconocimiento como referente único dentro del movimiento creado alrededor suyo y por consiguiente, ésta no pudo constituirse al estilo de un código constitucional que viniera a regir el posterior desarrollo y conformación del corpus epistemológico psicoanalítico por encima de cualquier Institución, grupo, corriente o persona.

Mientras ello no ocurra, la constitución de una nueva disciplina se desvanecerá a favor de lo que apunta Valentín Barenblit cuando señala que en la actualidad nos encontramos con “distintas prácticas psicoanalíticas”. Podemos decir que dichas prácticas carecen de un núcleo común que actúe de faro referente, se mueven en un terreno con diseño propio, encerradas en sí mismas, con falta de autocrítica, convirtiéndose así en dogmas de fe para sus

seguidores transformados en objetos seguidores de una "Verdad" a riesgo, de no ser así, de quedar "excomulgados" y no ser considerados por eso mismo, psicoanalistas.

Una vez matado al padre, entre los hermanos hubo de haber una prohibición y un acuerdo para superar el estado de horda y evitar así la repetición. En el caso que nos ocupa, concretamente en el Psicoanálisis, hubo un acto fundador pero no fue posible instituir la prohibición que regulara y organizara, una vez realizado, a los miembros de la comunidad. Estas se constituyeron bajo el mandato de una tiranía desde donde uno o varios déspotas ejercieron y ejercen su poder y regulan los contenidos de un saber que termina transformándose en La Verdad.

Cuando todavía hoy se busca una corporeidad al Inconsciente, cuando se confunde lo genital y el sexo con la sexualidad, cuando aún se vacila en la existencia de una pulsión de muerte, tenemos que reconocer que hay un largo camino a recorrer para que esta "nueva" disciplina asiente bases firmes y se constituya ella misma, dentro de su propio marco legal, sin otras que le den cobijo o "apadrinen", como una más, junto al entramado de licenciaturas que conforman la oferta académica universitaria que buscan dar respuesta a las distintas problemáticas y sufrimientos humanos.

Mientras tanto, la formación de los actuales y futuros psicoanalistas, tanto de forma teórica como técnica, queda en manos de profesionales e instituciones que en la mayoría de los casos, su ética, idoneidad y profesionalidad, les permiten validar un hacer docente, pero éste no tiene reconocimiento académico oficial, por lo que corre el riesgo de constituirse en un "hacer marginal" y en el mejor de los casos "privado", sin posibilidad de proyección al ámbito público.

Si bien determinados Departamentos de algunas Facultades de Psicología y Medicina cuentan en sus respectivas licenciaturas con asignaturas cuyo contenido curricular es de índole psicoanalítica, o bien a través de doctorados, cursos de postgrado o master, al precio de un alto coste personal para aquellos profesores que las imparten dado el aislamiento académico a que son sometidos, siguen siendo casos particulares y minoritarios dentro de toda la amplia oferta universitaria.

Los psicoanalistas tenemos allí un trabajo ineludible si entendemos que la nuestra es una disciplina y que como tal, no es ni un asunto de la medicina, ni de la psiquiatría, como ya señaló Freud hace 80 años, ni tampoco un asunto de la psicología, ni de la filosofía, ni de la sociología, ni de la antropología, es un asunto exclusivo del psicoanálisis, aunque no por ello deje de reconocerse el valioso aporte que las distintas disciplinas antes señaladas brindaron y brindan al desarrollo del mismo.

En la actualidad nadie puede otorgarse el atributo de decidir quien está en condiciones de ser analista. Se hace necesario propiciar una rigurosidad que sea establecida más allá de los intereses de las instituciones creadas como expresión y sostén de las distintas corrientes que a lo largo de más de un

siglo poblaron el quehacer psicoanalítico. Entiendo que esto sólo puede ser conseguido a través de una Licenciatura en Psicoanálisis, avalada por un estamento universitario que permita acabar con un problema que ha lastrado y lastra el prestigio social del psicoanálisis y el cual es responsabilidad tanto de los que tienen la potestad para ello como de los propios psicoanalistas.

Me pregunto si los cambios culturales que se están produciendo no colaboran de forma sinérgica en las resistencias a integrar al Psicoanálisis como una alternativa singular en la atención del sujeto psíquico, como modelo específico de intervención sobre el psiquismo. Como señala Emiliano Galende, “Una cosa es calmar el sufrimiento psicológico y otra es reabrir interrogantes sobre estas demandas, enriquecer el pensamiento sobre ellas, devolver al sujeto su propia palabra, su propio saber sobre el deseo y el dolor. Ésta es la ética que orienta su práctica.”

La aplicación del método analítico en la clínica tiene como horizonte el que el sujeto se haga cargo de su decir y de sus actos, con el objetivo de alimentar una transformación creativa de su existencia, requisito indispensable para sostener cualquier proyecto que tenga como meta constituir nuevas posibilidades de vida. Pero para ello requiere de un espacio donde el sujeto pueda ser escuchado y se le otorgue el tiempo necesario para que la palabra se despliegue impulsada sólo por el deseo de quién la emite, para que su palabra pueda manifestarse, haciéndole asumir la responsabilidad en el destino de dicho deseo.

Una propuesta semejante frente a un discurso que prioriza los resultados en términos de eficacia y rentabilidad, donde no hay tiempo ni palabras para mediatizar las acciones que se plantean en el seno de la sociedad, allí donde se construye y despliega la subjetividad humana a partir de la cultura que la constituye, actualmente parece no tener cabida. Se prioriza un tipo de respuesta que no tiene en cuenta la dificultad que representa atender el padecimiento psíquico del sujeto, su malestar, sus síntomas y la complejidad de sus relaciones.

El mercado de la salud no permite estas frivolidades, la palabra y el tiempo dedicado al intercambio pierden toda consideración. Quienes defienden esta posición no puede entender de que los ciudadanos no son sólo consumidores y que las relaciones humanas, no pueden ser transformadas en meras competencias mercantiles. El psicoanálisis, si participa en ese contexto, no puede aliarse a dichas prácticas, ya que al hacerlo pierde su condición de herramienta que brinda la posibilidad de construir un lazo social alternativo al discurso que, ignorando la presencia de un sujeto con quien se ha de establecer una relación que reconozca la manifestación del deseo, entiende a éste como un objeto químico y como tal lo trata.

Por tanto, no es cuestión de continuar creando nuevas sociedades psicoanalíticas, nuevos grupos, para seguir conformando nuevos espacios de poder en beneficio de unos pocos convertidos en “pastores” de nuevo cuño baja la apariencia de traer “la buena nueva”. Si algo tiene de singular el psicoanálisis, entre otras cosas, es su propuesta como empresa liberadora y

como tal, necesita constituirse desde un lugar que pueda garantizar la “neutralidad y abstinencia” imprescindibles para que pueda volver a llamarse psicoanálisis sin los sesgos que actualmente le acompañan, sin necesidad de tener que aclarar a cual se hace referencia.

Estamos frente a una paradoja, el psicoanálisis ya forma parte de la mayoría de las corrientes de pensamiento actuales, todas las ciencias humanas han tomado prestado muchos de sus conceptos. El Inconsciente y la Sexualidad freudiana no dejan de ser un referente en la historia del pensamiento.

También su propuesta clínica singular es utilizada como respuesta eficaz a las demandas de tratamiento en los padecimientos psíquicos y reconocida como tal, tanto por quienes practican el psicoanálisis como quienes se han beneficiado y se benefician de él.

El Psicoanálisis cuenta en su haber con recursos humanos de reconocida solvencia teórica y clínica que aportan su experiencia profesional e institucional en el ámbito público y con una capacitación que les permiten ocupar lugares de reconocimiento en Instituciones tanto asistenciales como universitarias...

Y sin embargo...